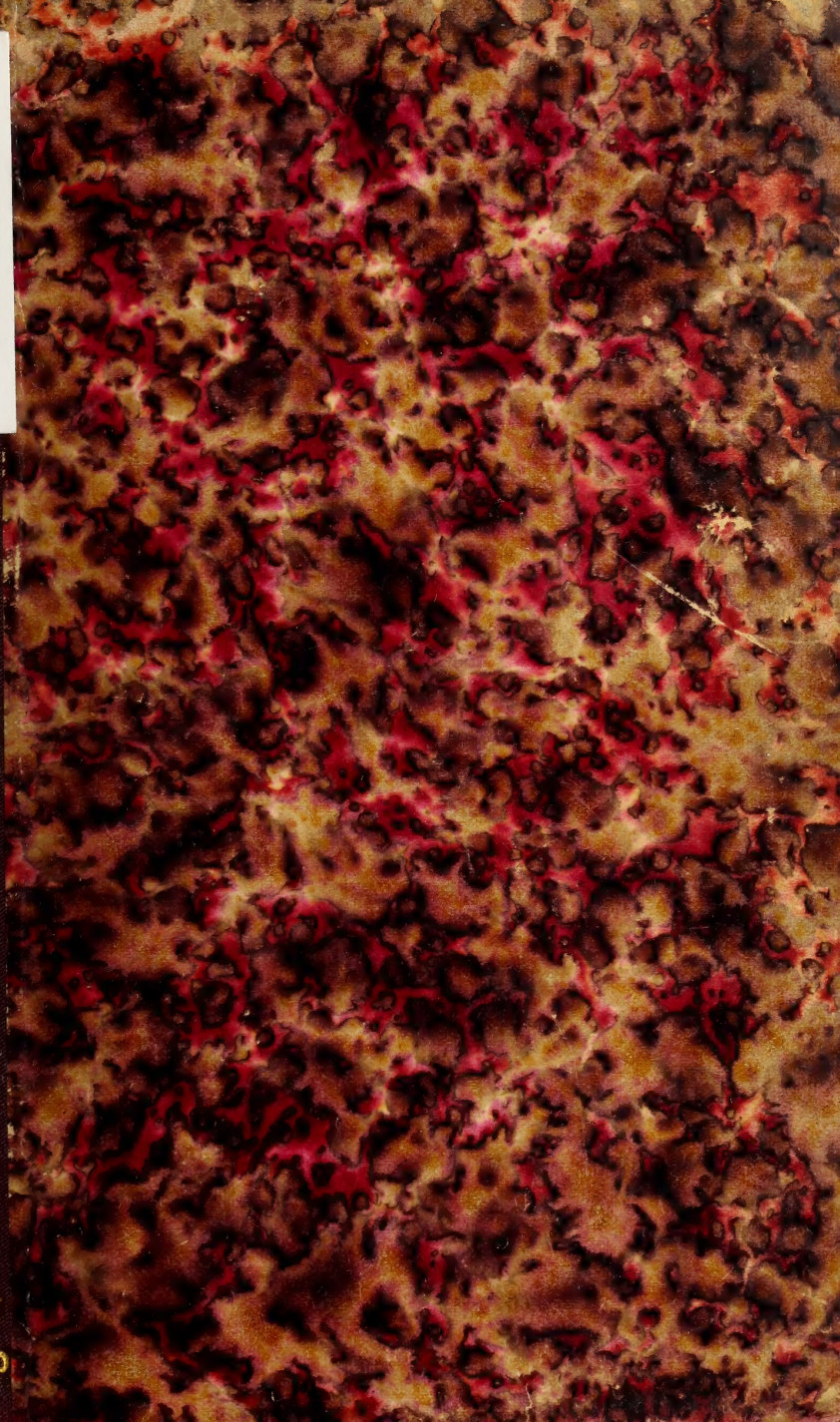


3 1761 09544997 1



UNIVERSITY  
OF  
TORONTO  
LIBRARY











JORGE MANRIQUE





Digitized by the Internet Archive  
in 2013

M2858

ESTUDIO BIOGRÁFICO

de

# Jorge Manrique

é influencia  
de sus obras en la literatura española

por

D. JOSÉ NIETO

Obra premiada en los Juegos Florales celebrados  
en Palencia en 1901.



MADRID.—1902.

83636  
20/9/02



---

Es propiedad de su autor. Queda  
hecho el depósito que marca la Ley.

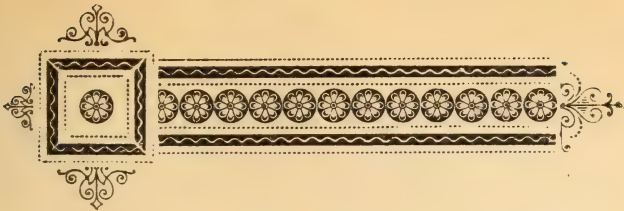
---



La presente edición ha sido costeada y regalada al autor de esta obra por el Jurado calificador de los trabajos presentados al Concurso de los Juegos Florales celebrados en la ciudad de Palencia en Septiembre de 1901. Considerando por unanimidad el estudio sobre la vida y obras de Jorge Manrique como merecedor del premio, consistente en un objeto de arte donado por el Excmo. Sr. Gobernador militar de la plaza y la guarnición de la misma, acordó, también por unanimidad y como una nueva muestra de admiración hacia el trabajo del laureado autor, contribuir á su difusión y perpetuidad publicándolo.







#### LEMA.

Honrar la memoria de los hombres ilustres es siempre loable; pero ahora de evidente oportunidad.

### I

La noche del miércoles 21 de Septiembre de 1440 abandonaba la vida del organismo el inquieto espíritu del Adelantado de León Pero Manrique. Con su muerte perdía el bando de los sediciosos de la Corte de D. Juan II el más autorizado y más hábil de sus caudillos y el Condestable y universal Ministro, encontraba un momento de reposo en la fortaleza, al parecer inexpugnable, de su poder omnímodo, con la desaparición para siempre de la lucha palaciega del que fué constantemente su más sagaz y temible enemigo.

Al día siguiente de aquella muerte que conmovió á Castilla, obligando á suspender los fes-

tejos de las bodas reales, hacía el Conde de Haro el más noble y levantado uso de la legítima influencia á que le daban derecho muy señalados y recientes servicios en las decisiones del monarca, inclinando su ánimo en favor de la descendencia del magnate que acababa de morir despojado de sus bienes.

Escena solemne y más que solemne conmovedora, debió ser aquella en que D. Pedro de Velasco, con el Almirante, hermano del finado, hizo á D. Juan II la presentación de la numerosa prole que éste dejaba heredera de sus glorias, de sus riquezas y de sus odios.

En sentido y breve discurso recordó al Soberano los servicios que en la perenne lucha de la reconquista había prestado al reino, y atenuando las defecciones que, por causa de los tiempos, hubiera cometido, impetró perdón é indulgencia para aquel plantel de servidores del trono cuya pericia y valor ya habían acreditado todos ellos en servicio de su rey y de su patria, y aquel débil monarca, más propicio á la benignidad que á los rigores de la justicia, otorgó fácilmente cuanto por tan autorizada mediación se le pedía.

Diego, el mayor de los hermanos, sucedió á su padre en el adelantamiento de León y los otros, conforme á su disposición testamentaria, se repartieron los cuantiosos bienes que dejaba.



De la cámara real salió la desolada viuda doña Leonor á llorar las vanidades del mundo en la soledad del monasterio de Clarisas que en Calabazanos edificó con sus riquezas, en compañía de sus hijas doña Aldonza y doña María, con las cuales apenas hacía dos años habíase arrojado por las almenas del castillo de Fuentidueña para recobrar la libertad de que se veía privada aquella nieta de reyes. Algunos meses antes de la muerte del famoso Adelantado habíale nacido á su hijo Don Rodrigo el cuarto fruto de su primera esposa Doña Mencia de Figueroa, á quien se había bautizado con el entonces extraño nombre de Jorge.

¿Cuándo y dónde nació? No lo sabemos. Hemos seguido los trabajos de investigación con alguna paciencia y tenacidad; pero con resultado infructuoso. Buscar esta noticia en las historias generales de España desde Mariana á la Fuente, ó en los infinitos manuales de preceptiva y crítica literaria que cada día dan trabajo á la imprenta, ó en las más escasas obras fundamentales de los pocos escritores españoles y extranjeros que han hecho con detenimiento el estudio de nuestro rico tesoro literario, sería completamente ocioso. Persuadidos de ésto y atendida la índole de la vida de nuestro personaje, y su rango social, hemos buscado las crónicas generales y particulares, las historias genealógicas de los apellidos

más ilustres de España y las especiales de las Ordenes militares, y el éxito ha sido tan completo que podrían escribirse volúmenes con la relación de la vida por demás episódica é interesante de nuestro biografiado; pero siempre faltaría en ella el primer capítulo: el que nos había de dar noticias de su patria.

Alfonso de Palencia, Hernando del Pulgar, el Bachiller Bernáldez, Zurita, Garibay, Alfonso de Fuentes, Mariana, Francisco Bades de Andrada, Don Martín Ximena y muy principalmente Salazar de Castro, todos aportan algún caudal con datos interesantes ó curiosos para la historia del hijo del Maestre de Santiago; pero ninguno, como si todos se hubiesen puesto de acuerdo, dice una palabra acerca del lugar y de la fecha de su nacimiento. Más qué mucho, si igual preterición sufren los demás ilustres miembros de su familia. Su padre, que en el cielo de la política y las armas, es un astro de mucha mayor magnitud que el hijo, y por lo tanto de mucho mayor interés para los historiadores, ha tenido todavía menos fortuna en este punto. Del hijo siquiera dicen todos que *debió* nacer por *los años* de 1440; pero al padre, mientras Salazar, el cronista de la casa, asegura que nació en 1406, Don Antonio Paz, escoliador del Cancionero de Gómez Manrique, afirma que fué en 1412 y contra la opinión de los dos, el docto y diligen-



te Ticknor sostiene que vino al mundo el 1416. ¿Qué extraño, pues, que no sepamos donde nació un Comendador de la Orden de Santiago, si ignoramos el pueblo y la fecha del nacimiento del Gran Maestre de la misma Orden?

Para averiguar el del primero hemos seguido paso á paso todos los datos por su padre en 1439 y 1440, y le vemos en los primeros meses del primero, entre Peñafiel, Valladolid y Renedo, haciendo cábalas con el Infante Don Enrique; el 4 de Mayo le seguimos de Valladolid á Ocaña; en los meses siguientes le encontramos en Toledo más ó menos oculto entre los que cierran las puertas de la Ciudad al rey de Castilla, y en ella y en diferentes fortalezas del Maestrazgo discurrió hasta Septiembre del año siguiente que le volvemos á ver en Valladolid velando el cadáver de su padre, y en fines de Octubre justando el último día de los festejos de las bodas del Príncipe y así continuamos por largo tiempo sin perderle de vista; más en todas estas excursiones ignoramos si va solo ó acompañado de la que lleva en su seno el fruto de su legítima unión.

Por una serie de circunstancias que sería difícil condensar aquí, estamos persuadidos de que nació de la segunda mitad de 1439 á la primera de 1440. ¿Y dónde? A Ocaña fué á ejercer funciones de Maestre de Santiago, que fué la aspiración de su vida y le halló la muerte sin verla

completamente lograda. En Toledo hizo desde el principio amistades con los López de Ayala, primera familia de la ciudad, con la cual al fin se unió por su cuarto matrimonio. ¿Nació aquí su hijo?

Madoz, que aunque de escasa autoridad, trata con especialidad esta materia, nada dice.

*España, sus Monumentos. Arte é Historia*, obra muy estimable, y otras de análoga índole, guardan el mismo silencio. El gran etimólogo Barcía, que aunque no fuera ésta su especialidad, puso grande empeño en recoger todos los nombres de los hijos de Toledo que honraron con las letras á su patria y sacó de la oscuridad entre algunos hombres ilustres nada menos que á ciento cuarenta y seis, no pudo incluir en tan nutrida lista el nombre del popular poeta.

Todavía abrigando alguna esperanza de hallar algún documento que nos orientara en esta investigación, acudimos á la imperial Ciudad; pero nos encontramos con que las tropas del Mariscal Víctor incendiaron el suntuoso convento franciscano de San Juan de los Reyes, desapareciendo entre las llamas y los escombros su importante archivo y rica librería. En las bibliotecas Nacional y Escorialense, igualmente que en la mayor parte de las Universitarias, nada hemos podido hallar que nos orientara en este punto.

Pero si Don Jorge Manrique por una causa accidental acaso no nació en Palencia, de ella eran sus aborígenes, dentro de la provincia radicaban los estados de la casa de los Lara, sus nobles progenitores, de allí salió para morir gloriosa aunque estérilmente en Aljubarrota, por la causa de la unión ibérica, su ilustre bisabuelo Diego Gómez Manrique. Las villas y lugares de Amusco, Amayuelas, Osorno, Paredes, Becerril y otros formaban el patrimonio de sus ascendientes, y su madre llevó en dote los lugares de Vega de Doña *Limpia*, *Albala* y *Santillán*, de la merindad de Saldaña, y en atención á todo esto bien puede considerársele como palentino.

Para este hecho concreto, las conjeturas. De aquí adelante, la seguridad de lo que expongamos sumaria y brevemente y tal vez con falta de método y sobra de incorrecciones por la premura del tiempo.

La figura de Don Jorge Manrique, como poeta, como verdadero amante de su patria, como dechado de hijos y modelo de esposos, es en todos estos conceptos interesantísima. Nosotros hemos de invertir estos términos para bosquejarle, ciñéndonos á la pauta con mucho acierto señalada.

Don Jorge Manrique, Señor de Belmontejo, Comendador de Santiago de Montizón, de Segura de la Sierra y Trece de Santiago, Capitán de hombres de Armas, fué el cuarto hijo de Don



Rodrigo Manrique y de su primera mujer Doña Mencía de Figueroa.

De su educación no puede dudarse que hubo de ser esmerada, cuidando de ella su padre, que también cultivó las musas, de lo cual aún se conserva alguna prueba; y principalmente su tío Gómez, gran literato que tenía singular predilección por este sobrino.

Muy joven conoció á Doña Guiomar de Mene-  
ses y sin duda debió quedar prendado de sus  
gracias en la primer entrevista, cuando apenas  
separados recibió de él la siguiente declaración:

¡Qué gran aleve hicieron  
Mis ojos y qué traición!  
¡Por una vista que os vieron  
Venderos mi corazón!  
Pues traición tan conocida  
Ya les complacía hacer;  
Vendieran mi triste vida  
Y hubiera de ello placer.  
Mas el mal que cometieron  
¡Ay! no tiene escusación.  
¡Por una vista que os vieron  
Venderos mi corazón!

Es indudable que aquella dama fué el único  
objeto de sus amores, pues su musa á ella sola  
dedicaba sus inspiraciones, discurriendo unas  
veces sobre las atenciones que recibía del ado-  
rado objeto y otras desatándose en acaso finjidos  
celos, en esta forma:

Quien no estuviere en presencia  
No tenga fe ni confianza,  
Pues son olvido y mudanza  
Las condiciones de ausencia.  
Quien quisiere ser amado  
Trabaje por ser presente,  
Que cuan presto fuere ausente  
Tan presto será olvidado.  
Y pierda toda esperanza  
Quien no estuviera en presencia,  
Pues son olvido y mudanza  
Las condiciones de ausencia.

Pero las armas le llamaban á más peligrosas conquistas, y en la batalla de Olmedo luchaba al lado del impetuoso Arzobispo Carrillo y por su bizarría en aquel *acto* no tan *criminoso* como le juzgó Pulgar, si se atiende á las condiciones del rey contra quien lucharon, le concedió Don Alfonso las tercias de Villafruela, y algunos otros lugares de Campos, con más siete lanzas de la corona y para ellas 14 0 mrs. de acostamiento.

Tuvo, como se ha dicho, el hábito de Santiago con la encomienda de Santiago de Montizón, y el relato de las repetidas contiendas en que su insegura posesión le comprometió, sobre enredado y difuso sería poco interesante, limitándonos á indicar que cuando vacó por muerte de Garcilaso de la Vega, cuñado de su padre, Enrique IV la dió á Diego de Irançu, de lo que re-

sultó tener esta dignidad, como otros muchos cargos y derechos, simultáneamente dos ó más poseedores, por ser dos reyes los que á un tiempo los concedían, ó por que uno mismo los otorgaba á éste y al otro de sus entonces irónicamente llamados vasallos, según le compelian las circunstancias ó el apuro del momento. Ocurría con ésto muchas veces que cada cual procuraba con las armas hacer valer su derecho y disputándose dos ó más una villa fortificada, un condiente tenía sus banderas en el recinto murado, otro era dueño de las granjas ó arrabales, y un tercero estaba posesionado del castillo sin poder asomarse á las almenas. ¡Cuántos ejemplos de éstos registra la historia de Don Rodrigo!

En el caso presente, Irançu se hallaba encastillado, Don Jorge le corría las tierras y el hermano de éste, Don Pedro, después segundo Conde de Paredes, sitiaba á Don Diego por cuenta propia, rindiéndole por fin en 1467 después de dos años de tenaz asedio. Nació de aquí un litigio entre los dos hermanos, decidiendo la regia prerrogativa en favor de Don Jorge.

Aún no depuestas las armas de la anterior contienda, reclamó el auxilio de éste su primo hermano Don Alvaro de Zúñiga ó Destúñiga, como se decía entonces, hijo del duque de Arévalo, en la guerra, que para recobrar el priora-



to de San Juan, sostenía contra Don Juan de Valenzuela, que con el favor de Enrique IV había tomado esta dignidad. El duque, por complacer á Don Juan Pacheco, no quiso ayudar la justa causa de su hijo, quien buscó la asistencia del Arzobispo de Toledo Don Alfonso Carrillo y la de sus primos los hijos del Conde de Paredes, entre los cuales, dice Alfonso de Palencia, Don Jorge, Comendador de Montizón, maravillosamente favoreció la parte del Don Alvaro Destúñiga, su primo. En estas contiendas Don Jorge salió con sus fuerzas y las de sus deudos del Alcázar de Consuegra en busca del contrario, con la previsión de conducir en carros gran parte de la infantería que libre del cansacio combatiría mejor. Esta providencia decidió el éxito, porque hallando á Don Juan en Ajofrín, cerca de Toledo, le batió completamente y Don Alvaro recuperó el priorato.

Mas como no todo había de ser guerra y trastornos, las treguas que dejaba el campo de batalla, se empleaban en torneos que servían de solaz para las damas y el pueblo y de ocasión para ostentar su gallardía y su destreza en el manejo de las armas á los caballeros.

En las fiestas hechas en Avila en la proclamación de Don Alfonso, lució sobre su brillante armadura la preciosa banda en que bordado con letras de oro brillaba el mote que había adop-

tado por empresa caballeresca y que sirvió de pié para muchas de sus composiciones. Trasladamos aquí una de ellas tomada exactamente de la edición de 1511:

NI MIÉTO NI MARREPIÉTO.

Ni miéto ni marrepiéto  
Ni digo ni me defdigo  
Nieto triste ni contéto  
Ni reclamo ni confiéto  
Ni fio ni defconfío,  
Ni bié biuo ni bié mvero,  
Ni foy ageno ni mío,  
Ni me vengo ni porfío,  
Ni espero ni defespero.

fin.

Cómigo folo contiéto  
En una fuerte contiéla  
Y no hallo quié mentiéda  
Ni yo tâpoco mentiédo.  
Entiédo y fe lo qquiero  
Mas no entiédo lo qquiera  
Quié quiere fiépre qmuera  
Fin querer creer qmuero.

En este fácil juguete y sobre todo en el mote que le sirve de tema, parece como que se vé algo de la fisonomía moral del que le ostenta, manifestando en él la noble sencillez de su palabra y la firmeza de su carácter para sostenerla y hasta si se quiere como que se adivina á través de todo ello su simpática y varonil apostura.

¡Cuántas y cuán dulces emociones embargarían el corazón de aquel enamorado caballero, cuando delante del objeto de sus ansias y de un concurso numeroso, luciendo acaso lujosos recamados, obra de las manos de su amada, derribase con el empuje de su lanza á sus esforzados contrarios!

Verdaderamente aquellos rudos y azarosos tiempos llevaban, por lo caballerescos, gran ventaja á los prosáicos de ahora.

En dotes militares nuestro Don Jorge rivalizaba con las de su padre que tan altas las tenía y tan precozmente las reveló, pues aún no había cumplido cinco lustros cuando ya había debelado la fortaleza de Huéscar. Desde que pudo sostener las armas le llevó siempre á su lado en los combates, y un grueso volumen se llenaría con la relación de tantos hechos de armas gloriosos en que se halló aquel guerrero de vida tan corta en días, como larga en merecimientos.

La relación detallada de los servicios que á la causa de Doña Isabel prestó en el cerco de Uclés, daría proporciones desmesuradas á este escrito. Allí fueron vencidos una y otra vez el Arzobispo Carrillo y el Marqués de Villena, los dos más poderosos campeones del partido del rey de Portugal, y allí la causa de la Beltraneja sufrió su más honda herida y la de Doña Isabel vió en el 2 de Mayo de 1476 lucir en el horizon-



te, tras oscura y larga noche la sonriente auro-  
ra del suspirado día de la unidad nacional.  
Aquel 2 de Mayo dice Zurita que los descon-  
certó una brava acometida de Don Jorge, asis-  
tido de algunos caballeros del Conde su padre,  
á la cabeza de los cuales penetró en la plaza por  
medio del campamento enemigo.

Para las pruebas de heroísmo que dieron los  
españoles de una y otra parte, y los lances de  
este asedio, remitimos al lector al capítulo LV  
de la segunda parte de la *Crónica de los Reyes  
Católicos* de Hernando del Pulgar. Aquí no es  
posible darles cabida.

A los doce años de edad entró en la Orden de  
Santiago Don Rodrigo Manrique y hubiera pro-  
bablemente muerto sin llegar á la dignidad de  
Maestre, sin los prestigios y autoridad de su hijo  
Don Jorge. Tan disputado era aquel elevado  
cargo y tanto le ambicionó Don Rodrigo, que  
resistiéndose á los ofrecimientos y á las amena-  
zas del rey, fué el único de los Trece que no  
quiso autorizar con su voto ni con su presencia  
la elección del valido Don Alvaro; y cuando poco  
después le escribió insidiosamente el rey de Ara-  
gón diciéndole que contaba con lograr del Papa  
proveyera en él el Maestrazgo, «tomó luego los  
pendones é título de Maestre, dice Pérez de Guz-  
mán, sin esperar las bulas del Santo Padre, ni la  
voluntad del Rey, ni la voz de los Comendadores».

El Condestable, como era de esperar, lanzó contra él todo el ejército real y en inminente peligro estuvo de perder, con aquel atrevimiento, todos sus estados con la vida. En una nueva vacante, recién proclamados los Reyes Católicos, á pesar de su diligencia para apoderarse del cargo, se halló con que se le disputaban ya dos candidatos que habían ganado la voluntad de los electores. Fué la lucha entre los tres terrible; y aunque el uno quedó debilitado por ser partidario del rey de Portugal, quedóle el otro competidor, con tantos méritos y tantos años de expectación al Maestrazgo como él. La guerra entre estos dos servidores de Doña Isabel, comprometía gravemente su causa, y los esfuerzos de su prudencia y de su diplomacia para sofocarla resultaron inútiles, hasta que la ocurrió proponer como árbitro á Don Jorge, y cuál no sería el concepto de rectitud y autoridad que merecería al rival de su padre, el esforzado y fidelísimo Don Alonso de Cárdenas, Comendador mayor de León, que no solo no le recusó, sino que se resignó á renunciar el ambicionado título en favor del padre de quien dictaba la sentencia. A su hijo Don Jorge debió, pues, Don Rodrigo verse al fin posesionado de la jurisdicción de Gran Maestre de la Orden de Santiago los dos años que le restaban de vida, y tan á satisfacción de todos dictó aquella providencia, que el Cápítulo por acla-

nación recompensó al árbitro con un Trece-nazgo.

En 1475 asistió con el nuevo Maestre al sitio de Alcaráz y allí, después de tomada la plaza, firmó como Trece el privilegio en que se confirmaron los suyos á la villa de Segura. Todo aquel año y gran parte del siguiente lo pasó peleando en los campos de Calatrava y Ciudad Real, reduciendo cada vez más los dominios de Don Juan Pacheco y debilitando á los defensores del bando portugués. Hay historiadores particulares de estos hechos que afirman que fueron recompensados por los Reyes Católicos con la merced concedida á Don Jorge del ducado de Montalvo; pero no consta en documento alguno.

Don Rodrigo, apurado por los gastos de estas guerras, vendió de Don Jorge un lugar de que le había hecho donación: por eso en su testamento, otorgado en 1476, le dá 40  $\frac{1}{2}$  mrs. de juro en Úbeda. El instrumento dice así: *E los otros 40  $\frac{1}{2}$  mrs. fiacables mando á Don Jorge mi fijo é á su muger é fijos por que vendi un lugar que le abia dado é obligado á las arras é dote de la dicha su muger.* El lugar objeto de esta venta fué Belmontejo.

En el año de 1477 entró Don Jorge en Jaén al frente de sus parciales, desafiando á Don Diego Fernández de Córdova, Mariscal de Castilla, para pelear con él en satisfacción de agravios personales.



La familia de los Manrique de Lara había cumplido su misión providencial en la tierra, que parece haber sido la de contribuir con su esfuerzo al afianzamiento en el trono de aquella gran Soberana llamada á tan grandes destinos. La anarquía que por largo tiempo había devastado á Castilla tocaba á su término sin que faltase ya más que sofocar los últimos chispazos de su incendiaria tea, y el que pudiera llamarse el último vástago de aquella dinastía ilustre de guerreros y literatos, iba á tener el honor inmarcesible de sellar con su sangre el término de aquellas luchas fratricidas.

*Ansimesmo en el Marquesado donde estaban por capitanes contra el Marqués Don Jorge Manrique é Pero Ruiz de Alarcón, peleaban los más días con el Marqués de Villena é con su gente; é había entre ellos continos recuentros, en uno de los cuales, el capitán Don Jorge Manrique se metió con tanta osadía entre los enemigos, que por no ser visto de los suyos, para que fuera socorrido, le firieron de muchos golpes, é murió peleando en las puertas del castillo de Garcimuñoz.*

*Pul. Cron. de los R. C. part. II. c. LXXXII.*

En el paroxismo del dolor y de la ira, Pero Ruiz de Alarcón inmoló, á la vista del castillo, seis de los infelices prisioneros hechos aquel día, ofreciéndolos como holocausto por la muerte de su amado compañero.

Juan Berrio, capitán de la gente del Marqués, hubo de ceder á las exigencias de ésta ahorcando igual número de los contrarios, para lo cual ordenó que los mismos prisioneros se sorteasen entre sí. Entre estos desventurados, correspondió la mala suerte á un escudero de Villanueva de la Jara, de cuarenta y cinco años, casado y con hijos, que tenía un hermano compañero de prisión, de veinticinco y soltero, el cual le rogó con vivas instancias que le permitiese morir por él, puesto que á nadie dejaba abandonado en el mundo. El hermano mayor resistíase obstinadamente, hasta que se vió obligado á ceder á los ruegos y las lágrimas de su menor hermano. Los testigos de aquella lucha por la muerte, escucharon impasibles aquel diálogo sublime y aceptaron la víctima voluntaria del amor fraternal. Terrible ley la de las represalias y más feroz en las guerras civiles y en ellas, por desdicha, con más frecuencia aplicada.

Este tristísimo, á la vez que tierno y patético episodio, que tiene marcado sabor de leyenda, no hubiéra hallado lugar aquí si no estuviera rigurosamente comprobado.

Positivamente Mariana se confundió al decir en el libro 24 cap. XIX de su historia, que Jorge Manrique fué herido en una refriega que tuvo cerca de Cañavete con Pedro de Baeza, caudillo de las tropas del Marqués, de que poco

después murió, desgracia que le hace exclamar en estas sentidas palabras: *Gran lástima que tal ingenio faltase en lo mejor de su edad.* Pero se guarda, como todos, de decir la que tenía.

Recogido el cadáver, se le hallaron en el seno unas coplas que había comenzado á escribir acaso aquel mismo día.

La ferocidad de Marte y la apacible sonrisa de las musas, se disputaban constantemente aquella existencia interesante, que al fin arrebató el primero.

Iban aquellas *Coplas* dirigidas contra las vanidades del mundo... y era que el tiernísimo vate presentía el término próximo de su vida.

Fué sepultado en la iglesia vieja del convento de Uclés y su sepultura, la de un hermano y un hijo de D. Jorge, estaban en una fila cubiertas con piedras negras. Que estaban allí lo asegura su hermano, el segundo Conde de Paredes, en el testamento que otorgó en 1481, donde manda *Ansimesmo que el cuerpo é huesos de mi hermano Señor Don Jorge, que santa gloria haya, que está en el dicho convento sean trasladados á la capilla.*

Su mujer doña Guiomar de Meneses era hermana *entera* de la condesa doña Elvira de Castañeda, su madrastra, cuarta y última mujer del Maestre su padre, hijas de D. Pedro López de Ayala, primer conde de Fuensalida, y de doña María de Silva.

De su único matrimonio tuvo: primero, á D. Luis Manrique de Lara, que llegó á ser también Comendador de Santiago de Montizón y Trece de la Orden: segundo, á doña Luisa Manrique, Señora de Javalquinto y Espeluy.

La Heráldica señala diferentes armas á la casa de Manrique, porque siendo nobles las familias con que se enlazaba, los escudos sufrían modificaciones ó adiciones, si no conservaba cada apellido los suyos, que sería lo más frecuente. Por eso, sin duda, vemos indistintamente entre los que se la atribuyen, ya un escudo de plata con dos lobos pasantes, orlado de sotuers, ya otro dividido en pal, de azur y gules, con cinco hojas sinoples, que recuerda, seguramente, su parentesco con la casa de Mendoza, ya también en fondo gules, orlado de castillos y leones, dos calderas de oro barradas de sable, que á un mismo tiempo que de los Condes, son las armas de la villa de Paredes de Nava, timbrados todos estos escudos con la corona condal. Por el escaso interés que la ciencia del blasón despierta ya, no decimos más sobre esto.

La musa popular, ese poeta anónimo que de tan inimitable manera sabe expresar los sentimientos de las masas y que para cantar las proezas de los héroes que ocupan un lugar preferente en la Historia, espera á que el transcurso de los siglos les den proporciones legendarias, fué



en esta parte más generosa con nuestro, al lado de aquellos, humilde personaje. No habrían corrido dos décadas desde su muerte, cuando ya el sentimiento nacional había escrito sobre su tumba el siguiente epitafio:

En armas está Villena  
Con todo su Marquesado;  
Por fronteros tiene puestos  
Dos caballeros preciados:  
Uno Don Jorge Manrique,  
Por sus obras muy nombrado;  
Pedro Ruiz de Alarcón,  
El segundo era llamado,  
Con muy fuerte guarnición  
De gente de pié y caballo:  
Por lo cual todos los días  
Estos corrían el campo,  
Y los contrarios salían,  
Que estaban bien aprestados,  
Y por esto había contino  
Recuentros muy señalados.  
Acaso sucedió un día,  
En uno muy porfiado,  
Cerca de Garci Muñoz,  
Castillo de los contrarios,  
Que pretendiese Don Jorge  
Mostrarse muy esforzado,  
Y metióse entre la gente  
Reciamente peleando  
Hasta llegar á la puerta  
Del castillo que he nombrado:  
Y por falta de socorro  
Fué de la gente cercado,

Y al fin con grandes heridas  
Fué de la vida privado,  
Y por ser tal caballero  
Fué por todos muy llorado.

Quien no tenga educado el gusto para esta clase de poesía, tal vez halle algo hiperbólica la opinión del Conde de Ticknor, que califica de bellissimo el anterior romance, que termina con la relación del espectáculo hermoso de los dos hermanos que se disputaron la muerte.

El Trovador de las glorias patrias ha cantado un himno al que de igual modo ilustró á las armas y á las letras: nosotros no debemos profanar su historia diciendo una palabra más sobre su vida.

Réstanos decir algo sobre sus obras.





## II.

Jorge Manrique cultivó todos los géneros de poesía, menos el épico y el bucólico.

Descendía de una familia de poetas.

De su padre hemos dicho que existe alguna ligera composición que le acredita como tal, y claro es que no había de ser esa únicamente la que escribió. Su tío Don Gómez, que fué un orador político tan elocuente como los más famosos de ahora; pero cuya oratoria, lejos de ser estéril dió sazónados frutos evitando sublevaciones y muertes y separatismos en Toledo, cuando las pretensiones del Rey de Portugal á la Corona de San Fernando, fué uno de los primeros poetas de tres reinados, rivalizó con su tío el marqués de Santillana y coleccionó un Cancionero propio que hoy se conserva como preciosa reliquia en las bibliotecas, y sentía tal cariño por D. Jorge que le llamaba su sobrino predilecto y como coincidían en aspiraciones y en gustos, hasta cuando tenía que dirigirse á él, por cualquier causa ordinaria de la vida, le ha-

blaba ó le escribía en verso, como lo prueba el siguiente ejemplo:

Pues las banderas de Apolo  
Asoman por todas partes,  
E fuyen los estandartes  
Con las escuadras de Yolo,  
E su capitán Netuno  
No tiene poder ninguno  
Para más nos combatir,  
Deuemos ya conuenir,  
Sobrinos, todos en vno.

Y el sobrino incontinenti le contestaba con el mismo número de versos y con iguales consonantes distribuidos de la misma manera, como para dar prueba de respeto y muestra de su facilidad en vencer las dificultades de la rima, en esta forma:

Mi saber no es para solo,  
Dadme plazo fasta el martes,  
Pues ymos donde ay las artes  
Que fablan, señor, del polo.  
Mas de tal saber ayuno  
Digo, sin acuerdo alguno,  
Que deuemos todos yr  
A vuestro mando cumplir,  
Señor, que no quede uno.

Pero esta inclinación á los retruécanos, á los decires y requēstas, atrofiaba aquel ingenio nacido para más altas empresas, y más que todo ocasionaba este daño, aquella costumbre, aquel



hábito de ofrecer siempre en un mismo altar y á una sola deidad las producciones de su númen.

Desde que conoció á la que al fin tuvo la dicha de llamar su esposa, la dedicó no solo aquellas composiciones ligeras y fugaces y no pocas veces frívolas, tan comunes en los amantes ordinarios, sino que desde el anagrama y el acróstico hasta la extensa composición dividida en cantos, al modo de los poemas épicos, convergían al único objeto de su único amor.

Y á la verdad, el corazón de la dama debía ser una fortaleza casi inexpugnable, si hemos de dar crédito al que logró al fin contestarle; porque no conformándose con escribir en un anagrama el nombre de Doña Guiomar, con iniciales repetidas nada menos que ocho veces, poniendo después el mismo nombre con los cuatro apellidos de Castañeda, Ayala, Silva y Meneses, dispuesto todo con tan laberíntico artificio, que solo dando con la clave es posible descifrarlos, se decide por fin á poner sitio á la plaza, empezando por dirigir un *Memorial* á su corazón, pintando en él sus fatigas amorosas. Después de esta especie de prueba de sus disposiciones y su temple para combatir entre las huestes de Cupido, hace la *Profesión* de caballero enamorado y tras de la *Profesión* la *Escala*, y después con ella asalta el *Castillo del Amor*, y en todos estos trabajos y metafísicas amorosas, hace

intervenir, con representación corporal, como era costumbre por lo menos desde Juan de Mena, á las ideas y á las afecciones puramente morales.

Ocioso es decir que, por esta dirección dada á su ingenio, no era posible que descollara su figura literaria de entre aquella turba de rima- dores más ó menos adocenados.

Claro es, y sin contradicción con lo dicho, que su musa haría en los ratos de asueto algunos escarceos por campo distinto del que su señor le tenía trazado, y gracias á ello tenemos en el género jocoso ó epigramático, donosas muestras de lo mucho que en él valía teniendo en cuenta que desde el tiempo del Arcipreste de Hita casi era desconocido.

Dábase entonces el nombre de *Burlas* á esta variedad de la literatura, y en un *Cancionero de Burlas* que vió la luz en 1519, reimpresso en Londres en la primer mitad del siglo último, con lo cual ningún buen servicio se hizo á las letras españolas, según el sentir del anterior marqués de Pidal, inclúyense algunas de nuestro poeta «demasiado libres atendido á la intolerancia de la Iglesia española», dice el conde de Ticknor, como buen extranjero y por añadidura anglo-americano, dejándose llevar de su preocupación sin advertir que la Inquisición sería inflexible ó inexorable, si se quiere, en materia de dogma,

pero de manga ancha en todo aquello que refiriéndose á las costumbres, no tocaba directa ni indirectamente á las cosas de fé, y ningún testigo, para probar esto, mejor que él, que tan á fondo conocía á D. Francisco de Quevedo y al maestro Tirso de Molina. En el poco mérito de las obras, más que en su desenfado, fundaba su opinión el marqués de Pidal. Entre las de bur-las de D. Jorge figuran en primer término las que llevan por título *Un convite que hizo á su ma-drastra* y las *Coplas de una mujer que tenía empeña-do en la taberna su brial*. Como muestra y para que el lector juzgue del valer de esta clase de composiciones, ponemos aquí la primera, tras-ladada con escrupulosa exactitud de la edición de 1573 del Cancionero general, no siendo preci-so advertir que alguna contradicción ortográfica y principalmente alguna sílaba de más ó de menos que pudiera hallarse en algún verso, son imputables más al tipógrafo que al poeta.

Un combite q fiso dô jorge mârrique afu madrastra.

---

Señora muy acabada  
tened vueftra gête préfta  
q la triste ora es llegada  
de la muy folemne fiefta.  
Quando yo un cuerno tocare  
moueres todas al trote  
y ala q primero llegare  
daqui le fuelto ellefcote.

Entrará vuestra merced  
por ques mas honesto entrar  
por cima duna pared  
y dará en vn muladar.

Entrará vuestras dözellas  
por baxo dun albollon  
hallareys luego vn rincó  
dóde os pógays vos y ellas.

Por remedio del caffacio  
deste falto peligroso  
hallareys luego un palacio  
hecho para mi reposo.  
Sin ningún tejado el cielo  
cubierto de telarañas  
hortigas por espadañas  
derramadas por el fuelo.

Y luego q ayays entrado  
boluereys amâ yzquierda  
hallareys luego vn estrado  
cô lafcalera de cverda.

Por alcatifa vn estera  
por almohadas alabardas  
cô hilo blanco bordadas  
la paja toda de fuera.

La cama estará al fereno  
hecha armanera de lio  
y vn colchó de pulgas lleno  
y de lana muy vazío.

Una fauana no mas  
dos mâtas de lana fvzia  
vna almohada tâ fvzia  
q no se llauó jamas.

Affentaros es en vn poyo



mucho alto y muy estrecho  
la mesa estará en vn hoyo  
por qste mas aprouecheo.

Unos mâteles destopa  
por paños | paños menores  
feruirâ los feruidores  
encueros biuos fin ropa.

Yo entraré côel mâjar  
uestido daqste fon  
fin camisa en vn jubô  
fin mâgas y fin collar.

Una ropa cozta y parda  
afozrada cô garduñas  
y por pestañas las vñas  
yenellombro vn espingarda.

Y vnas calças q de rotas  
ya no pueden atacarse  
y vnas uiejas medias botas  
que rauia por abaxarffe

Tan fin fvelas q las guijas  
me tiené quitado el cvero,  
yenla cabeça vn fombbrero  
q vn tiêpo fve de uedijas.

Verná luego vn enfalada  
de cebollas albarranas  
cô mucha estopa picada  
y cabeçuelas de ranas.

Vinagre buelto cô hiel  
y fu aceyte rosado  
en un casquete lançado  
cubierto cô vn broquel.

El gallo de la passió  
verná luego tras aqsto

metido en un tinajon  
 bié cubierto có vn cestó  
 y vna gallina có pollos  
 y dos conejos tondidos  
 y paxaros có fus nidos  
 cozidos có fus repollos.

Y el aroz hecho có graffa  
 dun collar viejo fudado  
 puefto por orden y taffa  
 para cada vno vn bocado.

Por açucar y canela  
 alcrenite por eufomo  
 y delante el mayor domo  
 có vn cabo de cãndela.

Acabada ya la cena  
 verná una pafta real  
 hecha de cal y arena  
 guifada en vn hofpital  
 hollin y ceniza enfomo  
 en lugar de cardenillo  
 hecho vn emplafto todo  
 y puefto en el colodrillo.

La fiefta ya fenefcida  
 entrará luego vna dueña  
 có vna hacha encédida  
 daqlas de partir leña.  
 Con dos velas fin pavilos  
 hechas de cera dorejas  
 las peftañas y las cejas  
 bié cofidas có dos hilos.

Yenellun pie dos chapines  
 yenellotro vna chilena  
 en las manos efcarpines

y tañendo vna vibuela  
Un tocino por tocado  
por fartales vn raposo  
ellun braço defcoyuntado  
y el otro todo vellofo.

Cabo

Y vna faya de fayal  
fozrada en peña tajada  
y vna pefcada cicial  
de la garganta colgada.  
Y vn balandzâ rozegâte  
hecho de nveua manera  
las haldas todas delante  
las nalgas todas defuera.

¿A cuál de sus tres madrastras dedicaría su invitación el poeta? Curioso sería que el convite le diera en obsequio á la última, que era, como sabemos, á la vez su cuñada. Sabido es que los poetas son más dados á la ficción que á la realidad y en este supuesto debemos piadosamente creer que aquéllo solo fué un entretenimiento de su juguetona musa.

Siendo tantas y tan autorizadas las opiniones que sobre la influencia de Jorge Manrique en la literatura patria se han emitido, las expondremos aquí en abreviada síntesis, con lo cual alcanzará este escrito la autoridad que nosotros no podríamos prestarle y evitaremos al propio tiempo el escollo de cambiar el papel de críticos imparciales por el de panegiristas.

Por las ligeras muestras que en este breve

opúsculo hemos intercalado de la obra literaria de Jorge Manrique, fácilmente se deducirá que como poeta no hubiera figurado su nombre á mayor altura que los Vélez de Guevara, Fernández de Jerena, Fray Lope del Monte y tantos otros como formaban las delicias de la corte de Don Juan II, los cuales en su mayor parte vinieron á ser una especie de rimadores mercenarios, que ponían su vena al servicio del Rey y de los magnates, para cantar las gracias de sus mujeres ó de sus amigas. Solo la diferencia de posición, la mayor cultura, y sobre todo la nobleza de su carácter, hubieran distinguido débilmente al poeta que seguía en sus composiciones el camino que los otros dejaban trazado y en el cual no había dado otras pruebas que las de un atildado amante que entonaba repetidas canciones y ¡decires sobre un agotado tema. Su númen yacía aletargado en los breves descansos del campamento ó de la Corte, ú olvidado en el fragor de los combates, cuando un acontecimiento ordinario y fatal, aunque doloroso, vino á despertar súbitamente aquel corazón y aquel espíritu.

La muerte natural del jefe de una familia, á la edad en que ya el fatigado organismo parece que desea el descanso del sepulcro, es siempre sensible y llorada; pero la resignada conformidad de los que deja es natural y justa.



En Jorge Manrique el espectáculo de la muerte de aquél á quien debía la vida, que había sido su maestro, su guía, su compañero en los peligros y su copartícipe en los triunfos, despertó en su mente ideas hasta entonces desconocidas.

Su corazón se abrió á nuevas y extrañas sensaciones y su alma, y su entendimiento, y sus facultades todas, vislumbraron nuevos horizontes y se elevaron á regiones hasta entonces ignoradas, cambiando radicalmente el concepto que del mundo y sus mentidas grandezas y de las efímeras glorias humanas hasta entonces había tenido. A las sacudidas del dolor moral que alcanzó hasta conmover su organismo, vibró fuertemente la fibra de su sensibilidad exquisita, un ¡ay! doloroso se escapó de su angustiado pecho y su voz prorrumpió en la más tierna Elegía que hasta entonces se hubiera oído en lengua castellana. Ni las dificultades del más áspero y quebrado de los metros, fué obstáculo para que aquel himno del dolor resultara con fácil y elegante forma.

Por eso se ha vertido en todos los idiomas. Por eso el gran Camoens le imitó en el suyo, por eso los humanistas le tradujeron á las lenguas sábias, por eso no se han podido precisar á punto fijo los glosadores que en distintos tiempos en prosa y verso le han imitado, con más ó menos acierto, en la nuestra, por eso Lope de

Vega decía que debía esculpirse en letras de oro, y el padre Juan de Mariana, olvidando el severo carácter de historiador, tal como en su tiempo se entendía la Historia, deja por un momento la pluma con que describe escenas de horror y sangre, para decir que: *Don Jorge Manrique en unas trovas muy elegantes, en que hay virtudes poéticas y ricos esmaltes de ingenio y sentencias graves, á manera de endecha. Lloró la muerte de su padre.*

Aunque Lafuente le enaltece, como es muy justo, no hace de él tan entusiasta elogio, dada la diferente idea que de la Historia se tenía en tiempos de uno y otro historiador, pues la filosofía de esta ciencia había ya enseñado en los del último, que la Literatura es el espejo de la Historia y por lo tanto hay que concederle en ella un lugar preferente. Después de dedicar sendas columnas al marqués de Villena, á Juan de Mena, al marqués de Santillana y aun al mismo Villasandino, dice: *Pero el que aventajó á todos en ternura de sentimiento y en natural y sencilla fluidez fué el esforzado, el bondadoso y gentil caballero Jorge Manrique, hijo de Rodrigo. No citaremos aquí, sino más adelante, la más bella y la más tierna de sus composiciones que fué la Elegía á la muerte de su padre, puesto que ésta acaeció dos años después de la de Enrique IV, sino fuera por la bellísima descripción que hace de la Corte de Don Juan II en aquellas lindas é inolvidables coplas.*

«¿Qué se hizo el Rey Don Juan?»

Y copia los veintitres versos siguientes.

Aún más sóbrio se mostró al juzgarle el tan profundo crítico como eminente poeta Don Manuel José Quintana, cuando dijo en sus *Estudios sobre nuestra poesía* que *Jorge Manrique dejó en sus coplas á la muerte de su padre, el trozo de poesía más regular y puramente escrito de aquel tiempo*, sin añadir una más á esas honrosas palabras. En cambio el docto y laboriosísimo Don José Amador de los Ríos, después de llamarle el más predilecto hijo de las musas, analiza y juzga la composición á que el poeta debe su inmortalidad y dice: *Su talla como poeta no excedió sin embargo de la de otros próceres castellanos, cuando un suceso harto desconsolador para él vino á levantarle sobre todos los trovadores de su tiempo.*

Después de hablar de la muerte de Don Rodrigo continúa:

*La situación del poeta no era en aquel momento la misma, en que antes se había mostrado, en medio de los ingenios cortesanos: el espectáculo que tenía delante, era elocuente ejemplo de cuán deleznales, perecederas y transitorias son las grandezas del mundo, aun allegadas con los justos títulos del valor y de la virtud que en el Maestre resplandecía; y sorprendido tan de cerca por aquella terrible lección, no única en su tiempo, arrancaba de su pecho acentos verdaderamente batéticos, como que los inspiraba el amor filial,*

*sentimiento santo y generoso, independiente en todos los siglos de las escuelas literarias. No otra es la fuente de aquella singular Elegía, que ha llegado á la edad presente en medio del universal aplauso, con el título no menos singular pero altamente significativo, de las COPLAS DE JORGE MANRIQUE. El poeta no renuncia en ellas á las lecciones de aquella filosofía moral que había animado la musa de Pérez de Guzmán y Lope de Mendoza. Más sóbrio que todos sus contemporáneos en hacer gala de erudición inoportuna, vuelve sus miradas al siglo en que vive y recordando los ejemplos de su juventud llega al doloroso suceso que le inspira, derramando en su paso dulce y consoladora melancolía, que penetra fácilmente en el fondo del alma, logrando contraponer cuerdamente las escenas que describía con vivo colorido y las máximas filosóficas y los arisgos morales que surgían de las mismas, dando con tal manera subidos quilates y noble autoridad á sus felices pensamientos.*

«La bulliciosa Corte de D. Juan II de que solo alcanza los postreros años, la sombría y escandalosa de Enrique IV, que pudo juzgar por entero, la allegadiza aunque deslumbradora del intruso Don Alonso, la inesperada catástrofe de Don Alvaro de Luna, cuyos tesoros habían aumentado el fracaso y dolor de su caída, la muerte prematura de los dos Pachecos «tan prosperados como reyes», objetos eran todos que le movían á triste contemplación. llevándole al cabo á reparar en la pérdida de su padre. Jorge,



*después de encomiar las virtudes morales del Maestro, comparándole ampliamente con los más celebrados héroes de la antigüedad clásica, recordaba las hazañas á que había dado cima y no olvidándose del arte alegórico hacía comparecer ante Don Rodrigo, la Muerte, esforzándole á dejar los alhagos del mundo engañoso y á mostrar su corazón de acero en tan duro trance. La exhortación de la Muerte y la respuesta de Don Rodrigo aparecen bañadas de apacible tinta religiosa en que resplandece por una parte la esperanza y por la otra la dulce y tranquila resignación de quien espera la salud eterna, muriendo en el seno de su familia.»*

*Tal es la Elegía que ha inmortalizado el nombre de Jorge Manrique: si el sentimiento que la inspira halla eco en todos los corazones, siendo grato y popular en todas las edades; si los pensamientos filosóficos, morales y religiosos en que abunda, se hallan expresados con tanta sencillez y naturalidad como gracia y ternura, no brilla menos por las bellezas del lenguaje y por la tersura y esbeltez de la versificación.*

Si hasta las celsitudes donde el alma pura del poeta goza por la divina misericordia de dichas eternas, llega la voz del más autorizado de los críticos españoles, satisfecha se sentirá de haber merecido tal juicio la obra que se inspiró tan solo en el amor filial.

Unánime es la opinión de los literatos en apreciar el mérito de la composición; pero no falta

entre ellos alguno que aplicando friamente el escalpelo de la crítica encuentra en ella algunos lunares... ¿Y qué obra humana no los tiene? El aquí repetidamente citado conde de Ticknor encuentra que la parte débil de las *Coplas* está en los versos que tratan precisamente del objeto que las motiva, y opina que subirían en mérito, á pesar del indisputable que las reconoce, si no comprendieran los que al mismo Don Rodrigo se refieren. Firmes en nuestro propósito de narradores imparciales hemos querido consignar aquí el parecer de tan respetable escritor.

Para los que opinan que la poesía es un entretenimiento frívolo que á nada útil ni práctico conduce, opinión que nunca ha tenido más secuaces que ahora, servirá de provechosa contestación el siguiente hecho.

Al término de su destino de Corregidor de la villa de Burguillos, se halló el Licenciado Alonso de Cervantes con que se le hacían cargos por *ajenos y extraños hierros y excesos* y como por entonces la justicia administrativa ejecutaba sus fallos (como recuerda la historia del otro inmortal Cervantes) no solo se vió privado de cuantos bienes *que para peregrinación de esta trabajosa vida* había heredado de sus mayores, sino que hubo de salir desterrado á Portugal. Allí, como no había hecho ahorro alguno durante los largos años de su mando, sufrió cuatro de soledad y

privaciones, y allí hubiera sucumbido víctima de su pobreza y desamparo si además de sus sentimientos religiosos no le hubiera alentado la lectura frecuente de las *Coplas* de Manrique, sirviéndole de distracción á sus penas la Glosa que de ellas hizo.

La relación de este interesante suceso se debe al mismo Licenciado, quien le cuenta con harta más expansión y fuego, por lo cual no puede ponerse en duda.

Salió á luz esta obra con el título de *Glosa famosísima* en un tomo en 4.º, en letra que entre los impresores se conocía con el nombre de *Tortis*, cuya edición facilitó Don Gregorio Mayans y Siscar de su copiosa librería al editor de los cuatro glosadores anteriores; impresa en Madrid por Don Antonio Sancha, año 1779, en 8.º mayor, porque es de advertir que Cervantes era el cuarto de los que acometieron la empresa de glosar las *Coplas*. Dicho editor juzgó que la edición de la Glosa hecha por el Licenciado Alonso de Cervantes, que no lleva señal de lugar ni año de impresión, se haría en Valladolid antes del año 1552, puesto que Luis de Aranda, vecino de la ciudad de Úbeda, publicó en prosa una *Glosa de moral sentido á las famosas y muy excelentes Coplas de Don Jorge Manrique*, que por cierto es un difuso y pesado comentario en un tomo en 4.º de carácter muy semejante al de

la Glosa de Cervantes. Aunque tampoco se pone el año de la impresión, el privilegio para ella es de 10 de Abril de 1552. El lugar y nombre del impresor se léen al fin en estos versos.

Aquí se acaba la glosa,  
Que es de sentido moral  
Hecha en elegante prosa,  
Útil y muy provechosa  
Con privilegio real.

En Valladolid imprimida,  
A su costa del autor,  
Por él mesmo corregida;  
De la ofecina salida  
De Córdoba el impresor.

Y ya que como por la mano hemos venido á tratar de las Glosas y ediciones que de las *Coplas* de Jorge Manrique existen, intentaremos poner en claro este enmarañado asunto, pues tantas y en tan distintos tiempos se hicieron unas y otras que no ha bastado todo el esmero y toda la diligencia de eruditísimos escritores para decir la última palabra en la materia, y claro es que con este precedente decimos que lo intentaremos, pero sin la arrogancia de afirmar que lo consigamos.

Imprimiéronse por primera vez las *Coplas* en 1492 y como la muerte de Don Rodrigo ocurrió el 11 de Noviembre de 1476, resulta que, á los quince años de escritas ya recibieron los honores de la imprenta, distinción harto rara por en-



tonces. Desde aquella fecha aparecieron constantemente reimpresas en casi todas las colecciones de poesías á que ordinariamente se daba el nombre de *Cancioneros*, y en ellos, con las de otros poetas, aparecían en mayor ó menor número algunas de las composiciones del nuestro, sin omitirse en ninguna la Elegía á su padre, excepción hecha del *Cancionero* de 1511, precisamente el más copioso de los hasta entonces publicados.

Hemos dicho que la glosa de Luis de Aranda debió ver la luz por primera vez en 1552. Posteriormente á esta glosa, fueron reimpresas, claro es que hablamos y hablaremos siempre de las *Coplas*, en Sevilla en 1555.

El segundo glosador fué Francisco de Guzmán, de cuya obra se hicieron dos impresiones al fin de los *Proverbios* del Marqués de Santillana y de las *Coplas* de Mingo Revulgo. La primera en casa de la Viuda de Martín Nucio, en Amberes, en el año 1558; y la segunda en el mismo punto en 1594, ambas en 16.<sup>o</sup>, con este título: *Glosa sobre la obra que hizo Don Jorge Manrique á la muerte del Maestre de Santiago Don Rodrigo Manrique, su padre, dirigida á la muy alta y muy esclarecida y cristianísima Princesa Doña Leonor, Reina de Francia, con otro romance y su glosa.*

El tercero lo fué el Proto-Notario Luis Pérez. Al final de la glosa que hizo á las *Coplas* del fa-

moso poeta Don Jorge Manrique sobre las moralidades y famosas doctrinas que contienen, impresas en Valladolid, en casa de Sebastián Martínez, en 1561, en 4.º De esta edición se hizo una segunda, también en Valladolid, en la misma casa de Martínez, en 1569, en 4.º; una tercera en Medina del Campo, en casa de Francisco del Canto, en 1574, en 8.º; una cuarta en Madrid, en 1579, también en 8.º, por Don Antonio Sancha; y otra también en Madrid en el mismo año de 1779.

El cuarto lo fué el P. D. Rodrigo de Valdepeñas, sabio religioso de la Cartuja y Prior del monasterio del Paular. Se imprimió esta glosa en Sevilla, en casa de Alonso Picardo, impresor de libros, año 1577, en 12.º, con el siguiente título: *Coplas de Jorge Manrique, con una glosa muy devota y cristiana de un religioso de la Cartuja. Vá juntamente un caso memorable de la conversión de una dama. Asimismo las cartas de refranes de Blasco de Garay, racionero de la Santa Iglesia de Toledo, con un diálogo entre el Amor y un caballero, compuesto por Rodrigo Cota*, de la que se hizo una nueva impresión en el año 1588.

En el año de 1596 se hicieron otras dos ediciones de esta misma obra, también en 12.º, en Madrid, por Juan de la Cuesta. Contienen ambas lo que la antecedente. *Y asimismo vá ahora nuevamente añadida la glosa de Mingo Revulgo*.

Sobre todas estas paráfrasis está la de Gregorio Silvestre, poeta llamado por antonomasia *El Famoso*, en aquel tiempo que tanto abundaban los famosos y aun los divinos, que realmente es la más recomendable de todas, que se imprimió por primera vez en 1589.

De modo que con la glosa del Licenciado Cervantes son seis los glosadores nacionales.

Todavía ofrece mayores dificultades, acaso insuperables, fijar con exactitud el número de ediciones que de las obras de nuestro autor se han hecho, y mejor que el de *ediciones* les caería el nombre de *inclusiones*, puesto que con el primero distinguimos al volumen ó volúmenes que comprenden exclusivamente las obras de un autor, y con las del nuestro lo que ocurre es, que en las diferentes publicaciones en que se incluían no lo eran todas ni las mismas. Excepción hecha del Cancionero de 1511, que no contiene, como queda dicho, las *Coplas* á la muerte de su padre, en todos los demás van incluidas.

Los Cancioneros de 1533 y 1573 son los que más acogida dieron á las obras de nuestro biografiado.

La siguiente á las de 1492, se hizo en Sevilla en 1494, y en 1501 otra en Lisboa, y volvieron á ver la luz en 1614 y 1632. El *Cancionero de Burlas* publicado en 1519 y reimpresso en Londres en la primera mitad del siglo último, contiene

la mayor parte de ese género de nuestro autor. La mejor edición de los glosadores, es la hecha en Madrid por Don Antonio Sancha en 1779 en 8.º mayor, que fué reimpressa en 1799. Reimpriéronse las glosas citadas en Boston en 1833, edición que cita Ticknor y que no hemos logrado ver; pero que indudablemente existe dada la autoridad del testigo que la cita, excepcional además en este caso, por razón de la localidad, que era su patria. Pero el trabajo que más honra á las *Coplas* es sin disputa la traducción latina que dedicada á Felipe II siendo Príncipe, existe inédita en el Escorial y que lleva por dedicatoria la siguiente estrofa:

AL MUY ALTO PRÍNCIPE DON FELIPE.

Muy alto y muy poderoso  
¡Oh Principe resplandor  
De la España!  
Hágate muy venturoso  
La fuerza del alto amor  
Y su maña.  
Esta breve traslación  
Te yntitulo con profundo  
Acatamiento,  
Si recibe la yntincion  
Dirás que todo este mundo  
Te presento.

*El intérprete de Don Jorge Manrique.*

Al frente de cada una de las estrofas castella-



nas aparece la versión que á las mismas corresponde, manifestándose en el esmero de la traducción y de la escritura, que fué este peregrino libro muy estimado presente para el Príncipe.

Dice el muy docto escritor Sr. Amador de los Ríos, que á fines del último siglo se recogieron todas las poesías conocidas por de Jorge Manrique en un pequeño volumen que se ha hecho ya raro entre los bibliófilos. Y tan raro: como que no se halla en parte alguna. Sin duda el Señor Amador de los Ríos se confundió con la edición de las glosas de 1779, que es la mejor y más completa y que, como hemos dicho, se reimprimió en 1799.

En nuestros días las impresiones de las *Coplas* se repiten con frecuencia. De los PP. Jesuitas hay una, cuya fecha es de 1881; y en un librito de *Lectura popular*, impreso en Madrid en 1877, las hemos visto también incluídas.

Para dar honroso término á este trabajo, deberíamos copiar aquí la principal composición sobre que ha girado, que consta de 42 estrofas de 12 versos octosílabos de pié quebrado, que suman 503 por no constar la XXXI más que de once; ¿pero á qué repetir lo que está en la memoria y en los labios de todos?

Algunos, y entre ellos el repetido Sr. Amador de los Ríos, manifiestan cierta extrañeza, y hacen no sabemos qué deducciones, porque Jorge

Manrique diera el nombre de *Coplas* á su Elegía. Sin duda no repararon que había ya un precedente para denominar así á ese género de composiciones, y para justificarlo haremos una sola, pero muy autorizada cita. Cuando murió Don Alonso de Cartagena, escribió Fernán Pérez de Guzmán una Elegía que tituló: *Coplas á la muerte del Obispo de Burgos*.

¿Y las que se hallaron á Don Jorge en el seno cuando su muerte? ¿Qué fué de ellas?

Nadie había dicho otra cosa sino que iban dirigidas *contra el mundo* y que no estaban terminadas, hasta que uno de sus biógrafos, el Señor Don Manuel Juan Diana, en su obra *Cien españoles célebres*, publicada en Madrid en 1864, dice textualmente :

*En su bolsillo se encontraron dos sentidas estrofas, tal vez principio de más larga composición. Por ser menos conocidas que las Coplas, las trasladamos á este lugar: dicen así:*

Y copia á continuación las estrofas XXVI y XXV de las *Coplas* por el orden que las citamos, y se queda tan fresco.

Intentaremos ver si nosotros nos aproximamos más á lo cierto, sin que alardemos de conseguirlo. Convenido hemos en que el poeta, desde la muerte de su padre cambió de ideas, de sentimientos y de gusto, y que el despego á las cosas de la vida y el desprecio á las pompas

mundanales, formaban su fisonomía moral, y que todo esto había naturalmente de reflejarse en sus obras. Pues bien, con estos antecedentes veamos si puede llenar aquel vacío la siguiente composición que tiene el mismo objeto y el mismo título que la hallada, pues lleva el epígrafe de

Á LA DESORDEN DEL MUNDO.

En este siglo mundano  
Tan lleno de desvarios  
De todo linaje humano,  
Que roba á saco de mano  
Honra, pompa y señoríos,

Nunca ninguno se esfuerce  
En favores ni privanza,  
Porque muchas veces truece  
La fortuna su balanza  
Y trueca su buena andanza.

Vuelve el placer en pesar,  
La privanza en disfavores,  
En miseria la riqueza,  
Nunca tiene más firmeza  
Con siervos que con señores.

. . . . .  
Solos privan lisonjeros  
O persona interesal,  
Hijosdalgo y caballeros  
Andan hechos extranjeros  
En cualquiera Corte Real.

¡Oh Dios y cuán de doler  
Es ver menguados los buenos  
Y los no tales tener  
Correos y co' res llenos  
De los tesoros ajenos!

Cuantos vimos prosperados  
Puestos en alta fortuna,  
Después vimos sus estados  
Destruídos y asolados  
Por la mudar de fortuna.

Otros vimos aun ayer  
Muy comunes oficiales,  
Agora los vemos ser  
Poseedores principales  
De favores y metales.

Por esta tanta mudanza,  
Por esta constancia poca,  
Ninguno tenga esperanza  
Ni ponga su confianza  
En esta fortuna loca,

Pues que sus favores son  
Con que cumple y satisface,  
Como una modulacion  
Que cuanto mas nos aplace  
En el aire se deshace.

De las opiniones aquí recopiladas y principalmente del número de escritores que hicieron girar su inspiración y sus obras en derredor de la principal de Jorge Manrique, se deduce expon-táneamente y sin necesidad de esforzarse para

comprobarlo, que este poeta, con un número de producciones relativamente escaso, influyó con ellas de una manera ostensible y directa en la marcha y progreso de nuestra literatura, que no alcanzaron en modo alguno otros escritores coetáneos que escribieron mucho más y que poseyeron mayor erudición, como Juan de Mena y su tío Don Gómez, verdaderos humanistas y poetas muy celebrados.

De tal modo es esto cierto, que aun en tiempos del merecidamente llamado siglo de oro de nuestras letras, sería posible hallar analogías y semejanzas que harían mucho honor á nuestro poeta. En la obra tenida, y con razón, por uno de nuestros monumentos literarios y que se conoce con el nombre de *Epístola moral*, se lee:

«Como los ríos, que en veloz corrida»

«Se llevan á la mar, tal soy llevado»

«Al último suspiro de mi vida»

Dos siglos antes, Jorge Manrique había dicho:

«Nuestra vida son los ríos

Que van á dar á la mar,

Que es morir»

Al muy ilustrado juicio del lector dejamos el apreciar la semejanza que pueda ó no haber en estos dos símiles ó pensamientos. Renunciamos á hacer más citas de este género, por lo resbaladizo y poco grato de la materia; pero como una



prueba más del respeto y admiración que mereció en todos tiempos á los que como él cultivaron la Gaya ciencia, citaremos un hecho.

Sabida es la enemiga que el popular Cristóbal del Castillejo tomó á todos cuantos aceptaron la novedad importada de Italia por Boscan y Garcilaso, luchando á brazo partido contra todos los que empleaban el endecasílabo. Pues bien: después de satirizarlos de mil maneras, formó contra ellos un tribunal de autoridades por todos respetadas y reconocidas, formándole Juan de Mena, nuestro Jorge Manrique y Alonso de Cartagena, haciendo comparecer en el otro mundo á Boscan y Garcilaso, recitando estos dos reos delante de sus jueces una octava y un soneto, y el magistrado

Don Jorge dijo: No veo  
Necesidad ni razón  
De vestir nuestro deseo  
De coplas que con rodeo  
Van diciendo su intención.  
Nuestra lengua es muy devota  
De la clara brevedad,  
Y esta trova á la verdad  
Por el contrario denota  
Obscura proligidad.

De presumir es que otra hubiera sido la opinión de aquella autoridad; pero Castillejo, que sabía la que los poetas de su tiempo la recono-

cían, quiso ampararse de ella para autorizar la suya.

Si la actual generación acordase erigir un monumento á la memoria de los que en el siglo XV colaboraron en la formación de la hermosa lengua castellana, debería adornarse el amplio zócalo con las figuras en bajo relieve de Alonso Alvarez de Villasendino, Manuel de Lando, Juan Dueñas, Juan Agraz, Macías, Suero de Rivera y tantos otros que eran el adorno y formaban las delicias de la fastuosa Corte de Don Juan II; como figuras decorativas de cuerpo entero que sobre el friso embelleciesen el conjunto, los marqueses de Villena y Santillana, Gómez Manrique y Juan de Mena, y sobre el abaco de lujoso y elegante pedestal corintio, la airosa y marcial figura de Don Jorge Manrique de Lara.

FIN.



## APÉNDICE.

---

Con la publicación de la *Biblioteca de Autores Españoles, desde la formación del lenguaje hasta nuestros días*, hizo el editor Rivadeneyra un servicio, ó más propiamente, un favor á las letras patrias que la Nación no sabrá agradecer bastante.

Las dificultades de todo género con que aquella voluntad de hierro tuvo que luchar durante buena parte del finado siglo para llevar á feliz término su titánica empresa, consignadas quedan en la biografía escrita por su hijo, que ciertamente no está adulterada por exageraciones del amor filial.

Pero aquel vasto monumento erigido en honra de nuestra historia y de nuestra literatura, que no tiene bajo el concepto tipográfico otro defecto que contener en setenta abultados tomos de limpia letra estereotípica, la materia que debiera estar distribuida en ciento cincuenta de igual tamaño, para que fuera asequible á todas las vistas; en que colaboraron como colectores todos los escritores eminentes de la época, que eran muchos y de fama muy legítimamente adquirida, era, al fin, obra humana y tenía que llevar su sello.

Compilador hubo de tan escrupulosa conciencia, que después de haber invertido más de veinte años en coleccionar solamente las obras en verso del escritor más po-

pular de nuestro siglo de oro, á quien el pueblo hace autor de todas las anécdotas graciosas, de todos los chistes ingeniosos y de todas las desvergüenzas salpimentadas con el donaire y el gracejo del verdadero talento, se reconoció incapaz de llevar á feliz término su compromiso, por la misma dificultad que ofrecía esa opinión semi vulgar, semi-culta, formada por la tradición de los siglos, y abandonó la empresa á pesar de los ruegos y protestas del editor, que en vano expuso los perjuicios que se le seguían. Todo esto lo sabemos por boca del editor mismo, que al fin halló quien, con las precisas salvedades, recopilase las obras poéticas del á un tiempo cínico y místico escritor.

Más á pesar de éste y otros detalles que prueban el tenaz empeño del editor Rivadeneyra, de que en su biblioteca no faltase nada de cuanto escrito en lengua castellana mereciera ponerse en letras de molde, su obra tiene un vacío que debiera procurarse llenar. Hay en ella sendos tomos dedicados á las obras de los escritores anteriores y posteriores al siglo XV; pero ni uno, ni una página dedicada á los de éste.

Cierto es que de aquel tiempo aparecen desperdigadas algunas obras en diversos tomos de la Biblioteca, entre ellas el famoso, controvertido y enigmático *Centón Epistolario*, del físico de cámara de Su Alteza el Señor Rey Don Juan II; pero no es menos cierto que esta excepción y otras confirman lo aseverado, hasta el punto de que el buen Juan de Mena, el poeta oficial de la Corte, no alcanzó siquiera una mención honorífica y



el nombre de Jorge Manrique solo aparece de referencia.

Indudablemente al señor de Rivadeneyra le privó la muerte, ú otra causa poco menos poderosa, de dedicar algún tomo á los poetas de este y del siguiente reinado.

En 1889 convocó la ciudad de Palencia á un Certamen Literario, y el 5.º de los temas propuestos fué un *Estudio crítico de los escritores españoles durante el reinado de Don Juan II y su influencia en la formación de la lengua castellana*. El tema era, á la verdad, demasiado extenso y la empresa un tanto difícil; pero el autor del precedente opúsculo se lanzó á él no sin gran temor, y el tribunal, menos severo que el del Santo Oficio, le otorgó un artístico grupo de figuras de bronce, regalo de la por entonces Princesa de Asturias, y tuvo además decidido empeño en publicar á co-ta de la provincia aquellos afortunados renglones, á lo que se opuso el autor resueltamente, convencido de lo endeble de su obra.

A fines de Julio último, la misma ciudad, con algún apresuramiento, anunciaba otro nuevo Certamen para los primeros días de Septiembre, y aunque el plazo era demasiado breve, no por eso dejaron de acudir al llamamiento de la Corporación Excelentísima más de quinientos opositores á los veinte temas del programa.

Entre aquellos figuraba el que dió pié para escribir el precedente estudio. ¿Habría sido mera casualidad, que el tema del Certamen de 1889 y el de Jorge Manrique

del de ahora, coincidan en el laudable objeto de llamar la atención hacia la gran laguna que existe en la grandiosa obra de Rivadeneyra, ó deliberado propósito para despertar el deseo de que aquella falta se subsane? Es de presumir lo último, dada la reconocida ilustración de los nobles palentinos inspiradores y directores de estos torneos de la inteligencia, que es lástima que en Castilla no se repitan con mayor frecuencia, para mantener el lustre de la única grandeza que nos queda: la lengua de Manrique y de Cervantes; ya que por todas las regiones de la península se anuncian cada día Juegos Florales, cuyo objeto no es, ciertamente, enaltecerla.



## FE DE ERRATAS

---

Pag. 9.—Línea 9.—El párrafo: «Algunos meses antes»... debe ser punto y aparte.

Pág. 18.—Las q q unidas á las últimas palabras de los cuatro últimos versos que aparecen en esta página, deben estar separadas en esta forma: q quiero, q quiera, q muera, q muero.

Pág. 31.—Línea 13.—Donde dice «contestarle», debe leerse: «conquistarle».

Pág. 45.—Línea 19.—Donde dice «cuarto», debe leerse: «quinto».

---

---









83636

LS.  
M2858

.Yn

Manrique, Jorge

Author Nieto, José

Title Estudio biografico de Jorge Manrique.

UNIVERSITY OF TORONTO  
LIBRARY

9  
Do not  
remove  
the card  
from this  
Pocket.

Acme Library Card Pocket  
Under Pat. "Ref. Index File."  
Made by LIBRARY BUREAU



